

## Los orígenes de la narrativa policial en la Argentina. Recepción y transformación de modelos genéricos alemanes, franceses e ingleses

ROMÁN SETTON (2012).  
Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 286 páginas.  
ISBN 9788484896685



Sandra Gasparini

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

En los últimos años los estudios académicos sobre el género policial argentino han producido una considerable cantidad de ensayos y artículos de diferente importancia y calidad. Dentro de ese corpus de bibliografía, un espacio muy reducido lo ocupan los trabajos sobre la novela de enigma en el siglo XIX. Esta y otras cualidades que a continuación desarrollaré son las que marcan la singularidad del libro de Román Setton.

Estudiar la cultura del último cuarto de siglo del XIX implica poner en juego una serie de variables ya señaladas por investigadores que han abordado el período anteriormente pero también buscar cómo reconstruir unas condiciones de producción solo accesibles a través de documentos, prensa periódica, epistolarios y archivos. Se impone, además, leer esa cultura a través de la literatura. Es lo que hace Setton en este ensayo: estudiar cómo los “modelos genéricos” europeos son apropiados y transformados por los autores argentinos, cómo los relatos policiales piensan el delito, la delincuencia y la ley.

Lila Caimari ya señaló que el proyecto argentino del conocimiento del delincuente era derivado de la criminología europea, específicamente del ensayo *L'uomo delinquente* (1876), de Lombroso, quien, apoyado en la morfología corporal y en características personales de individuos considerados peligrosos e influido por las ideas darwinianas, proponía una desviación biológica que vinculaba la tendencia “innata” de la transgresión con la presencia de fuerzas regresivas. El delincuente era un resultado del pasado evolutivo.

La hipótesis con la que trabaja Setton revisa e interpela los estudios del policial en la Argentina, ya que plantea que su punto inicial es el año 1877, cuando se publican las dos novelas de Raúl Waleis (anagrama de Luis V. Varela), comienzo de un período que cerrará en 1912 con las publicaciones de Vicente Rossi. La propuesta que considera el nacimiento del policial

argentino en 1940 con Borges, Bioy Casares, Peyrou y Castellani es una operación crítica que Setton atribuye al grupo Sur.

El libro, producto final de la tesis que su autor defendió en la Universidad de Colonia, Alemania, consta de dos partes claramente diferenciadas. La primera consiste en la historización y presentación teórica de la segunda, en la que se trabaja con textos de un corpus inteligentemente seleccionado.

En esa primera parte Setton plantea que el género policial presupone su lector e implica la preeminencia de la razón y la cultura científica, así como el desarrollo del sistema de pruebas indiciario dentro de los aparatos de justicia. Si hay que delimitarlo con el relato fantástico de misterio es porque el policial excluye tanto la resolución natural como la incierta. Presupone una lógica de causas y efectos en un mundo en el que ha triunfado la razón.

Un imaginario de creciente criminalidad urbana, en pleno desarrollo de la cultura científica y del establecimiento del monopolio estatal de la violencia hacia 1880 posibilitó y fomentó el surgimiento de la narrativa policial en la Argentina. Setton no discute la categoría de “generación del 80”. Trabaja, en ese sentido, con una idea más general de los procesos históricos y culturales cuando plantea que el policial de la “generación del 80 apoya, con carácter reformista, la ley positiva y el poder hegemónico” y que “en lugar de pervertir al hijo de la campaña tiene la intención, explícita o no, de educar y colaborar con la construcción de un modelo de Estado y sociedad” (67). Por otra parte, postula que el género se distancia de los folletines contemporáneos centrados en crímenes y justicia vigente. Basado en la investigación de Caimari, Setton recuerda que el conocimiento científico del delincuente deriva de la criminología europea. Dos hechos se conjugan para crear un clima propicio en cuanto al interés que los temas policiales

suscitarán en Buenos Aires: en 1877 se abre la Penitenciaría de la ciudad y comienzan, a su vez, a incorporarse las masas inmigratorias a la escena a partir de esta década, lo cual trae cambios en las prácticas delictivas, policiales y en el imaginario social frente al crimen. En 1880 se crea además la policía de la capital, vinculada a la federalización de Buenos Aires. La primera obra detectivesca de Varela, *Capital por capital*, es, sin embargo, de 1872. El género se nutre en sus comienzos de múltiples tradiciones, traducciones y del interés suscitado por todos estos cambios que son producto de la modernización.

Setton indaga también sobre el proceso de apropiación de los modelos literarios: la novela policial del último cuarto de siglo se vinculó con la novela de aventuras, el melodrama, la novela naturalista, la *Kriminalgeschichte* y la *Kriminalnovelle*, las “causas célebres e interesantes”, la novela gótica, el romanticismo negro y las teorías del drama burgués de fines del siglo XVIII. También trabaja con motivos como la rehabilitación del ofendido, la redención del criminal, los conflictos, el rechazo –por parte del detective– del camino regular de la justicia, la compasión, la figura de la vampiresa, el investigador que pertenece al aparato de la justicia o colabora con él, la afinidad entre detective y artista, la relación entre extranjeros y crimen y el azar como componente fundamental de la pesquisa.

Uno de los hallazgos de esta genealogía que traza Setton es su exposición sobre Gaboriau, fundador del policial francés, muy leído en la Argentina decimonónica. El autor francés, que combina enigma del crimen con elementos de la saga y del folletín, es de gran importancia en ese momento, ya que pone en primer plano la novela - problema e introduce en el policial la biografía retrospectiva (presente en *La huella del crimen* y en *Clemencia*, novelas fundacionales de Wales). Si el modelo de detective acuñado por Gaboriau está basado en un jefe de policía (y ex presidiario) francés histórico, Vidocq, Setton reconoce en cambio rasgos autobiográficos de Wales en L'Archiduc, padre de familia católico que, sin embargo, como “hijo del positivismo”, aborda los casos según leyes científicas.

Otros capítulos de gran utilidad para la historia del género son los que proponen una lectura de los relatos de los poco antologizados y estudiados Carlos Olivera y Carlos Monsalve. En “El candado de oro” o “La pesquisa” de Paul Groussac, considerado durante mucho tiempo como el primer cuento policial escrito

en Argentina, Setton detecta un gesto paródico hacia la tradición inglesa. El capítulo IV es, por otra parte, una excelente lectura de los relatos policiales de Eduardo L. Holmberg –sobre todo de la tríada publicada en 1896: “La bolsa de huesos”, “Nelly” y “La casa endiablada”– que, si bien algo más transitados por la crítica, han sido poco considerados en relación con la red textual que el naturalista y escritor abre dentro de su producción, más reconocida por sus sesgos fantásticos. Setton incursiona en el poco estudiado vínculo entre la literatura alemana policial y fantástica (Hoffmann), así como la “novela corta de artista”, con los textos de Holmberg. Plantea además hipótesis de lectura muy personales que vinculan los principales planteos de la literatura argentina del siglo XIX con estos textos en particular, como es el caso del recorrido de la dualidad civilización/barbarie en “La casa endiablada”.

En el capítulo V se ocupa de “El triple robo de Bellamore”, de Horacio Quiroga, como relato que dialoga con el modelo del policial de enigma y recupera los mecanismos del género y los modelos de investigador analizados anteriormente en relación con este texto en particular.

En el anteúltimo capítulo Setton se detiene en la saga de aventuras *Diez años de pesquisa en la R. Argentina. Extracto de las memorias de Mr. Le Blond*, publicada en *Papel y Tinta* en 1908, acaso nunca tenida en cuenta por las lecturas académicas. Los relatos son puestos en relación con la tradición argentina y la literatura policial y criminal europea. Es la oportunidad, también, para leer en estas narraciones la reelaboración de la “dicotomía fundacional” civilización vs. barbarie.

El volumen se cierra con una lectura de Vicente Rossi, otro olvidado de la historiografía literaria y de la crítica. Setton coloca a Rossi en el lugar de un punto de quiebre entre la literatura policial anterior y la que vendrá. Si bien este autor marca la diferencia en cuanto a la construcción de la figura del criminal, más interesante (en tanto repara en las falencias del sistema que enfrenta) que su víctima, también señala Setton que estas narraciones están cruzadas por el final de una época, la de la República Conservadora, visible notablemente en la condena a los inmigrantes.

*Los orígenes de la narrativa policial en la Argentina* constituye una investigación de innegable importancia para los estudios de la literatura policial y de la literatura del entresiglo XIX-XX en la Argentina.